

LA PERLA DE SION,

PERIÓDICO LITERARIO

PUBLICADO EN LOOR DE MARÍA, MADRE DE DIOS,

bajo la proteccion

DE LA ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA.

Se publica los días 15 y último de cada mes, al precio de DOS reales mensuales. La correspondencia se dirigirá al Editor propietario D. Ricardo Gomez Montero, Almería.

SUMARIO.

Dios, por la Señora Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Después del Calvario*, por la Señora Doña Joaquina Marco de Carnicero.—*Maria en España*, por Don Ricardo Gomez Montero.—*Un día de Mayo*, por Don U. A. D. M.—Suelto.

DIOS.

Arcángel de la luz, génio divino,
que en blandos ecos la armonía exhalas
y acompañas tu canto peregrino
con el suave roce de tus alas;
desciende de mi vida hasta el camino,
presta á mi voz de tu decir las galas,
hoy que me falta inspiracion y acento
aunque el alma rebosa sentimiento.

¡Dios! este nombre que el espacio llena,
mil y mil veces moduló mi canto,
ya entre esperanza plácida y serena,
ya entre despecho y amargura y llanto:
¡Dios! este nombre que doquier resuena
grande, infinito, inenarrable, santo,
cual encendió del sol la ardiente llama
su luz sobre mi espíritu derrama.

¡Dios! ¿qué atrevido ó elocuente sábio
será bastante á pronunciar tal nombre,
sin que á su inmensa gloria cause agravio
en el lenguaje terrenal del hombre?
¿qué palabra, qué voz, qué acento sábio,
sin que poder tamaño no le asombre,
intentará medir en su osadía
la grandeza del Hijo de Maria?

Podrá atrevida la razon humana
medir del tiempo el incansable paso,
ó contemplar los rayos de oro y grana
del moribundo sol en el ocaso:
podrá de esa techumbre soberana
contar los astros de fulgor escaso;
mas para Dios, que existe por sí mismo,
no hay peso, ni medida, ni guarismo.

El, que la tierra salpicó de flores,
El, que las noches separó del día,
El, que dió á la mañana sus albores
y sus luceros á la noche fria:
El, que á las tiernas aves prestó amores
y libre patria en la estension vacía:
El, que la verde mar bordó de plata
y las nubes, de nacar y escarlata.

El, que al mirar el huracan violento
la tierra estremecer con saña fiera,
«¡basta!» le dijo, y se contuvo el viento
sin otra valla que su voz severa.
El, que le dijo al sol con firme acento,
«brilla y alumbrá mi creacion entera»
y á su mandato, dócil y obediente
de roja luz se iluminó el Oriente.

El, que á las ondas de la mar inquietas,
que alborotadas con furor lucharon
dijo «hasta aquí llegad» y allí sugetas
contra la arena frágil se estrellaron:
cien astros brilladores, cien planetas,
ante el impulso de su voz giraron;
y dióle animacion al claro día
y á la noche reposo y armonía.

Y dijo al hombre, su mejor hechura;
«el mundo todo por mansion te doy;
goza de su esplendor y su hermosura,
que en todas partes á tu lado estoy:
yo te daré la paz y la ventura,

sé Señor de la tierra; desde hoy
tuya es mi creacion, tuyo mi dia,
tu fé, tu amor y tu esperanza, mia.»

Y tuyas son, que ante tu santa ira
tiembla, Señor, el justo, el delincuente,
y tu infinito amor, amor inspira;
si alguno acaso en su delirio ardiente
dice que niega tu existir; ¡mentira!
pues una voz severa y elocuente
siempre en lo mas recóndito del alma,
¡Dios! grita en la afliccion; ¡Dios en la calma!

Y ¿quién, Señor, cual Tú? yo la primera,
destocada la sien tu nombre aclamo;
y de mi triste vida en la carrera,
tu amparo santo y tu piedad reclamo;
mi fé, mi adoracion, mi vida entera
son tuyas ¡oh Señor! por que te amo
con ese amor que te tributa solo
la infinita creacion de polo á polo.

Dios de mis padres, esperanza mia,
luz que siguiendo por doquiera voy,
mis pasos vacilantes á ti guía,
que ya pendiente de tu voz estoy:
sol que iluminas de mi ser el dia,
si me pides amor, amor te doy:
sea, al dejar la vida transitoria,
tuyo mi corazon, mia tu gloria.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

DESPUES DEL CALVARIO.

Al tercero dia despues de las dolorosas escenas del Calvario salía Jesus victorioso del sepulcro. Se cree hizo su primera aparicion á su Santa Madre, y que conversó á menudo con ella durante los cuarenta dias últimos que pasó todavía sobre la tierra. Sin duda quiso prepararla para su nueva separacion, y sobre todo para ser el apoyo de su Iglesia.

El dia cuarenta despues de su gloriosa resurreccion condujo á su madre y discipulos sobre el monte Olivete, no lejos de la gruta de la agonía, y estendiendo las manos para bendecirlos se elevó á los cielos.

¡Pobre Madre! ¿quién podrá consolarla por la ausencia de su hijo? El mismo Jesus; á la voz del discípulo amado encarnará de nuevo para habitar el purísimo y casto corazon de Maria inundándole de sus mas dulces consolaciones. Jesus no se hace esperar para ofrecernos los poderosos consuelos que le pedimos, él mismo nos llama, nos invita con instancia á que nos aproximemos á él. A imitacion de la Santísima Virgen abrámosle nuestro corazon manifestándole nuestro reconocimiento.

Despues que Jesus abandonó la tierra, la Santa Virgen se retiró con los apóstoles al Cenáculo, en donde recibió la plenitud del Espiritu Santo el dia de Pente-

costés. Aurora luminosa alumbró la cuna de la Iglesia naciente, atrayendo, consolando, y fortificando con su amable caridad y su humildad llena de gracia á los nuevos convertidos que los apóstoles le presentaban. Pero su corazon y su pensamiento no se apartaban de su divino hijo. Visitaba mil veces los lugares santificados por su presencia y regados con su sangre; el jardin de las Olivas, la vía dolorosa, el Calvario. Allí encontraba un amargo encanto meditando sobre tan altos misterios en el mismo sitio donde se habian cumplido. Su corazon se desgarraba creyendo asistir á ellos todavía, al mismo tiempo que se ilusionaba figurándose que veia presente á su divino hijo.

Así fué la primera en darnos ejemplo de ejecutar esos piadosos ejercicios que llamamos vía dolorosa y camino de la Cruz; así nos enseñó á meditar y á llorar sobre nuestras culpas que ocasionaron sus dolores.

Joaquina Marco de Carnicero.

MARIA EN ESPAÑA.

I.

Maria, hija de Dios.

Corría el año 734 de Roma.

Octavio Augusto era dueño y señor de los hombres y cosas de la tierra.

No habia pueblo ni nacion á donde su poder no alcanzase, á donde su yugo no se hiciese sentir.

El imperio de Roma habia llegado á su colmo: todo lo dominaba, todo era suyo.

Los hombres de todas partes inclinaban humillados la cabeza, y de manos de los señores de la ciudad de Rómulo recibian las leyes y ritos que habian de guardar, las tierras en que les era permitido vivir, y los reyes á quienes les era preciso obedecer.

¡Desgraciado del pueblo que no le pagaba y rendía tributo!

La sangre de sus hijos era entonces vertida sobre los escombros humeantes de sus hogares y cabañas.

En la plazas públicas de la ciudad eterna, se vendian al mejor postor, aquellos que prisioneros antes de poder arrancarse la vida por sí mismos, eran enviados cargados de cadenas por sus generales pretoros.

El mundo era romano.

Lo que no era romano, era sinónimo de esclavitud.

Gobernaba en este tiempo á Judea con el título de rey, Herodes.

Su poder dependia del poder de Roma. (1)

Sin embargo su orgullo no tenia igual, así como su tiranía y sed de riquezas.

(1) El rey de los judios comprando á precio de oro una proteccion caprichosa no era otra cosa que un esclavo coronado.—Orsini.—Libro XI página 276.

La ostentacion de que hacia alarde, solo podia compararse con la que se engalanaban los mismos Césares de quienes era tributario.

Y los gastos que le imponia la satisfaccion de sus deseos, la vanidad, impureza y avaricia, como tambien las cuantiosas sumas que el Imperio le exijia, los sufragaban los pueblos de que se llamaba señor, pagándole para ello las mas onerosas esacciones. (1)

Las mas santas y justas leyes eran violadas por el poderoso tirano de Judea.

Herodes fué digno secuaz de la impía dominadora del mundo. (2)

Principiaba el dia que se cuenta del mes de Tisri. (3)

La pequeña y pobre ciudad de Nazareth, asentada como blanca paloma en su nido, entre el Tabor y el Carmelo, se hallaba alumbrada por el hermoso astro fiel compañero de la noche.

El alba esparcia por el horizonte sus mas bellos matices.

Las estrellas lanzaban de sí fúlgidos resplandores con que nunca alumbraron.

Mil ecos sonoros esparcidos en el espacio por las verdes enramadas, el Cison que fecundizaba las praderas y los lejanos mares, hacian á la brisa portadora de melodías misteriosas que embriagaban el espíritu.

La naturaleza en medio del silencio que reinaba en derredor, regocijábese en alabar á Jehová.

Sin duda los de Nazareth entregados al sueño se hallaban, cuando siquier desde las azoteas de sus moradas, no hacian disfrutar á los corazones de la alegría de que era partícipe la creacion toda.

Si así no fuese ¿como no admirar tanta magestad? ¿Cómo no adorar tanta belleza?

La aurora en todo su esplendor apareció en el horizonte revestida con un rico manto de carmin y oro.

Y la aldea de Nazareth entonces pareció cambiar de forma.

Asemejábese ahora á un lindísimo canastillo de blancas flores en que aspiraban sus perfumes brillantes luciérnagas.

(1) Un ramo de laurel cogido en el recinto idólatra del Capitolio ornaba su corona tributaria, corona de siervo entretregida de espinas, y cada hoja de la cual habia sido pagada con montones de oro arrebatado á las economías del rico y á la indigencia del pobre.—El abate Orsini en la Historia de Maria Madre de Dios, libro XI página 296.

(2) Era Herodes uno de los mas crueles é inhumanos príncipes que ha habido jamás. Antonio habia hecho que el Senado le nombrase rey de los Judios. La ambicion y la sospecha eran sus pasiones dominantes, y la inhumanidad era el caracter que le distinguia. Habia hecho ahogar á Aristóbulo, su cuñado y sumo sacerdote; hizo matar á su abuelo Hircano, á Marianne su muger, y á Alejandra madre de Marianne; hizo degollar á sus propios hijos; no perdonó á sus mas caros amigos.—El P. Juan Croisset.

(3) Mes de Setiembre.

Las aves mas peregrinas y de todas las regiones unidas allí de consuno, daban al aire sus deliciosos gorgeos y cantares.

Y esta animacion de vida con que la aurora fué saludada, sin duda despertó á aquellos indolentes habitantes de su imperdonable sonnolencia.

Las puertas de algunas casas fueron abiertas y de ellas destacáronse humildes mugeres y honrados labradores.

La humanidad daba señales de su existencia.

Al poco tiempo oyéronse el cantar de la zagala que con su ánfora va por agua á la fuente cercana y los dulces sonidos de la flauta pastoril que se mezclan en confusion armónica con el balido del manso corderillo, el inseparable tin tin de la esquila que le guia y el rechinar de las ruedas del carro de bueyes.

En una de las casas que de mas modesto aspecto se encontraba en una de las mas tortuosas calles del lugar, notábase animacion distinta que en todas las demas.

Algunas mugeres de la vecindad solian entrar y salir frecuentemente por sus puertas.

En el interior de aquella casa tambien afluia el movimiento.

Aquellas solícitas mugeres tan pronto se hallaban cerca del hogar, tratando de avivar la lumbre á fin de conseguir la ebullicion del contenido en los diversos vasos que en círculo á ella estaban próximos, como al lado de una anciana que en una habitacion poco distante encontrábase sentada en modesto sitial de madera é inclinando su frente sobre cereano lecho.

Bellísimo é interesante era el rostro de la anciana.

Su aspecto de bondad y mansedumbre realizaba la hermosura típica de sus facciones.

Todas aquellas que la cercaban, sin duda que poseian los dones de la belleza y las gracias de la juventud; mas sin embargo á su lado estas dotes se oscurecian; pues en su belleza habia mas dulzura y en sus años mas gracias.

De su cabeza ornada ya de algunas hebras de plata, parecia fulgurar radiante luz.

Llamábase Ana y era hija de Matan, sacerdote de Belen, de la tribu de Leví y de la familia de Aaron, y de Maria de la tribu de Judá. (1)

Hacia mas de cuarenta años que sus padres la dieron por esposo á Joaquin hijo de Barpanthe, y descendiente de David por Nathan. (2)

Ambos esposos profesábanse ese amor puro y acendrado, que constituye la felicidad de los que á vivir unidos se obligan.

Habian nacido el uno para el otro.

(1) Vida de Santa Ana.—El P. Croisset, dia 26 de Julio.

(2) La Natividad de Nuestra Señora.—El P. Croisset, dia 18 de Setiembre.

En los dos se hallaban todas las virtudes: las mismas inclinaciones, la misma inocencia y la misma pureza de costumbres, abrigaban sus corazones.

Su vida habia pasado hasta allí, solos en el retiro de su casa y dedicados á la oracion y la limosna.

Aunque descendientes de familia real, por la de David, y sacerdotal, por la de Aaron, no poseian riquezas, viviendo de su trabajo.

Solo un deseo habia amargado por espacio de mucho tiempo á los dos felices esposos; pues siendo entre los hebreos infamante y aprobiosa la esterilidad, el Dios que adoraban no habia permitido concederles un hijo.

Las fervientes súplicas y oraciones de las almas virtuosas, siempre han sido atendidas por el Señor de cielo y tierra; y así es, que habiendo llegado á las gradas de su esplendente trono, las que Joaquin y Ana incesantemente le elevaban en medio del incienso del sacrificio, fueron oidas.

El Señor Potente, que apareció á Moisés envuelto en rayos de fuego, les hizo merced del precioso don que tanto ansiaran.

La gracia cayó sobre aquellos dos perfectos seres, y fueron privilegiados sobre la tierra.

Un enviado de la celeste esfera les dió el anuncio de su esperada dicha. (1)

Y habia pasado el tiempo marcado y la prediccion del Angel iba á ser cumplida.

Hé ahí porque la anciana hallábase rodeada de aquellas buenas mugeres, que gustosas habianse prestado á asistirle en el trance dispuesto por la naturaleza.

Y hé aquí, porque el respetable y sencillo Joaquin en habitacion próxima se estaba muy contento y alegre, dando conclusion á un lecho de blanca mimbre.

A su lado tenia varias matas de aromático tomillo y oloroso romero, arrancadas por él mismo del campo cercano, y que habian de servir para templar las primeras ropas del deseado, no nacido, y ya amado bien.

El sol asomó brillante por oriente sin que por ello la aurora ocultase sus magníficos colores, la luna dejase de despedir su simpática claridad y las estrellas y luceros, luciesen su vívido resplandor.

Al contrario, todos los astros parecieron adquirir mayor intensidad, mas luz.

Las corrientes del rio y arroyos que afluan al mismo, y los que de él partian canalizados para regar las plantas y arboledas de los huertos que rodeaban á Nazareth, asemejábanse á ricas cintas de plata movi-

das por la suave brisa, y en las que se reflejaba, formando mil cambiantes, el color de la aurora.

Y esas cintas de plata líquida, meciáanse y ondulaban en un lecho de verde alfombra, que por un prodigio de la naturaleza habia nacido al romper el dia, y en aquel instante, exhalando mil aromas, de ese verde brotaron infinitas flores de distinta clase, distintas regiones y distinto colorido.

Y á estas flores como premio á los perfumes con que embalsamaban la pura atmósfera, el sol las enviaba sus vivificantes rayos, el rocío las regalaba perlas, las corrientes en su rápida marcha las saludaban con un beso de casto amor, depositando en sus hojas millares de diamantes, y las ligeras mariposas, enamoradas, guardaban en sus frescas corolas los mas tiernos secretos, y como prueba de fraternal cariño ostentaban los matices de sus ropages.

Y los pajarillos saludan con trinos variados el portento que allí se obra, desde los frondosos ramages de árboles y arbustos, que tambien se han adornado de lindos frutos los unos y de aromático azahar los otros.

Los hombres que conducen los rebaños, y los que han de su casa salido para dar principio á sus faenas diversas; las mugeres que á la fuente ó cisterna fueron y las que, hacendosas, madrugaron, al observar tanta maravilla, asombrados, y con temor y gozo á la vez, prosternáronse y adoraron al Dios, que para su admiracion tales grandezas obraba.

Y con efecto, la creacion toda tomaba en aquel instante una vida y animacion sobrenatural.

El otoño y la primavera en union, presentáronse á porfia brotando encantos.

Se respiraba la dicha, el placer, el complemento de la felicidad.

Y en el momento aquel en que tanto prodigio tenia lugar, Ana habia dado á luz una hermosísima niña. (1)

Niña llena de gracias, de magestad, de esplendor.

Niña, que al ver la claridad del dia, sus ojos de paloma se fijaron en el cielo y en sus labios rojos destacó una inefable y angelical sonrisa.

Y aquella mirada, aquella sonrisa hubieron de penetrar en la bóveda celeste, puesto que rasgándose, dió salida á ráfaga luminosa que en línea recta descendió hasta inundar la modesta morada en que se hallaba.

Y de aquella ráfaga descendieron espíritus célicos, que la circuian, derramando sobre la infantil niña aromas deliciosas que embriagaban el ánima de inefables y puros sentimientos.

Y tras aquellos espíritus descendian otros, que pulsando distintos instrumentos, vertian torrentes de

(1) «La Santa Madre de la Virgen instruida, segun se dice, por un Angel del valor del rico presente que le hacia el cielo, dió solemnes gracias al Señor.»—El abate Orsini.—Historia de María Madre de Dios.—Libro III, página 44.

(1) Toda la naturaleza se desahoga en transportes de júbilo por el nacimiento de Maria.—S. Juan Damasceno.

armonía, que penetrando en el corazón impulsaban al arrobamiento.

Y otros, que en dulces y melodiosos cánticos repetían incesantemente: Dios te salve María, la elegida del Señor.

Y Ana y Joaquin dichosos, cual no otros padres, la miraban estasiados.

Y a los luego, elevando la vista hacia donde se asienta Jehová, levantaron sus corazones en fervorosa plegaria.

Plegaria que concluyó solo Ana con estas palabras:

—«Yo cantaré á mi Dios y Señor himnos de alabanza, porque me ha visitado; y porque, apartándome del oprobio de mis enemigos, me ha dado multiplicados frutos de su justicia.»

«¿Quién anunciará á los hijos de Ruben que Ana ha sido fecundada? Oid vosotras, tribus todas de Israel, oid: Ana ha concebido: Ana lacta ya á su hijo.»

Y las mugeres que la asistian, inclinadas como en oración, la contestaron:

—Alabado, ensalzado y reverenciado sea el Dios de David, que tal prodigio obró en tí, Ana.

Bendito sea por todos los siglos de los siglos el Dios que tal fruto de bendición te concedió, Ana.

Dichosos sereis por una eternidad de eternidades, Joaquin y Ana; vosotros, padres del casto lirio de la Galilea, de la nítida y pura azucena de Judá, de la cándida y galana rosa de Jericó.

Y los coros célicos volvieron á repetir:

—Dios te salve, María, la elegida del Señor.

Dios te salve, estrella de los mares.

¿Quién era esa niña, que las flores presintieron, y al nacer la enviaron sus aromas?

¿Qué las aves, las fuentes, los arroyos, los árboles, las plantas y la brisa, arrullaban con cadenciosa armonía?

Qué saludaban el sol, la luna, los luceros, las estrellas y la alborada?

Qué los Angeles llamaban María, la estrella de los mares?

Que el Dios de Sinaí, glorificaba con un rayo de su divinidad?

Aquella niña de que irradiaban resplandores de brillante luz;

Aquella niña que rodeaba luminosa gloria;

Aquella niña mecida al suave movimiento, impulsado por la mano de dos virtuosos y bondadosos ancianos, del lecho de blancas mimbres fabricado en forma de ovalada canastilla;

Aquella niña envuelta en toscos lienzos de lino;

Aquella niña nacida sin pompa y fausto mundano;

Aquella niña que vió la luz del día en la tierra, no en un suntuoso, magnífico y dorado palacio, sino en

una humilde y modesta casa de la pobre aldea de Nazareth;

Aquella niña que no adornaban su estancia elegantes y costosas colgaduras, mágicos tapices, vistosas alfombras, lámparas de pórfito y oro y ricos pebeteros en que á la vez ardiesen los perfumes del oriente, cual se hallaban engalanadas las de los príncipes Hebreos, sino con rústico mueblage, blancos pabellones y ramos de niveos jazmines, moradas violetas, carmíneos claveles, doradas campanillas y rosas nacaradas, flores todas arrancadas de sus tallos por la mano del más cariñoso de los padres:

Aquella niña, era la prometida por el mismo Dios, Criador del universo, al dirigir su palabra á la astuta serpiente incitadora del pecado que á Adán y á Eva desterrara del Paraíso en que fueron colocados en un principio, diciéndola: «Por cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra: sobre tu pecho andarás, y tierra comerás todos los días:»

«Enemistades pondré entre tí y la muger, y entre tu linaje y su linaje: ella quebrantará tu cabeza, y tu pondrás acechanzas á su carcañar.» (1)

La que los Profetas anunciaron como la regeneradora de la raza humana.

La segunda Eva.

La concebida sin mancha y nacida en la gracia.

La brillante aurora que había de disipar las tinieblas en que por tantos siglos se hallaba envuelta la generación de Adam.

La que convirtió en alegría la tristeza que causara en nosotros Eva, la primera muger.

La que encerró en sí un tesoro inmenso de virtudes, gracias y sabiduría.

La que hechura del Dios de Jacob, fué por El mismo elegida para ser esposa y madre.

La Reina de los Angeles.

El refugio y consuelo de los pecadores.

La tabla salvadora del naufrago, perdido entre el oleaje tempestuoso del mar de las pasiones.

El faro, la estrella refulgente que guía al descarriado en el camino incierto y espinoso de la vida, á puerto seguro de salvación.

La alegría de los niños.

El consuelo de los ancianos.

El seno pudoroso donde se depositan todos los dolores, todas las lágrimas, y en el que aquellos reciben alivio, y estas son enjugadas.

La casta violeta que oculta entre su verde ramaje, solo es conocida por sus virtudes, que impregnan el ambiente del dulce aroma que exalan.

La blanca paloma que solo presta sus amorosos

(1) El Génesis.—Capítulo. III. v. 14 y 15.

arrullos al compañero que la providencia le depara y á sus tiernos hijos, que cubre bajo sus flexibles, ni veas y amparadoras alas.

El fresco y puro nacimiento de donde brotan las aguas que formando gruesa corriente, luego cual arbol frondoso, dividiéndose en mil ramajes, se esparce caprichosamente en estension inmensa llevando tras sí la abundancia y la felicidad.

Aquella niña, era Maria la estrella de los mares.

(Se continuará.)

Ricardo Gomez Montero.

UN DIA DE MAYO.

Muriendo la luz del sol
Apenas tenía el cielo:
La noche su tosco velo
Cual negras alas tendió.
Y en las honduras del valle
Dormido ya con sus flores
Al compás de mil rumores
Blando murmurio se oyó.

Postrado en áspera roca
Fijos al cielo los ojos
Un tierno jóven de hinojos
Rezaba hermosa oracion,
¡Maria, madre del alma!
Decía con voz ferviente,
Sed siempre abundante fuente
De amor para el corazon.

Guarecedme en esta noche,
Vos, que sois todo mi amparo,
Alumbradme, bello faro
En tan densa lobreguéz,
Cierren mis jóvenes párpados
¡Oh madre! tus blandas manos
Cual el viento cierra ufanos
Los lirios de blanca tez.

Recostóse junto á un árbol
Al murmurar estas voces....
Del cielo en alas veloces
Ángeles yo vi bajar,
A su amoroso concierto
Dulce sueño le oprimía
Y su lábio repetía,
Maria, de gracias mar!

Dormióse, y con sus cabellos
Muelle el céfiro jugaba,
Ora una flor le besaba
Ora ceñía su sien;
Hasta el árbol con sus ramas
Prodigábase caricias,
Su sueño era todo albricias,
Era un sueño del Eden.

Soñaba á su dulce Madre,
Y á su séquito brillante
Via su fáz rutilante
Mas que del dia el albor;

De su boca destilaban
Palabras dulces y bellas,
Doquier fijaba sus huellas,
Nacian dicha y amor.

En tanto con tardo vuelo
Huía la noche oscura.

Viva la aurora fulgura
Con fuegos de oro y zafir,
Se suceden arreboles,
Cambian mil decoraciones,
De nubes lindos festones
Juegan, y el sol vá á salir.

Blanda agitó su cabello
El aura de la mañana
Y hermoso como la grana
Nuestro jóven despertó,
Y antes que al sol centellante,
Y á la tierra peregrina,
A la estrella matulina,
Amoroso saludó.

Hermosa mas que los cielos,
Dios te salve le decía.
Salve divina Maria,
Tierna madre del mortal,
Suene en mi boca tu nombre,
Tu nombre siempre querido
Y viva yo guarecido
En tu pecho maternal.

Entonces brilla á su vista
Sorprenidente panorama
Torrentes de luz derrama
Festivo el sol al nacer;
De gozo el valle se agita,
Suena del agua el murmullo,
Abre la flor su capullo
Teñido de rosicler.

Ocultos en la enramada
Pájaros mil se levantan
Ora juegan, ora saltan,
Ora cantan con primor,
El sol sus lucientes alas
Con mil colores decora
Y alegre, embelesadora
Alza su voz el cantor.

Con cuanto placer el jóven
Sus encantos contemplaba!
Y en tanto amante pensaba
En su Madre mas y mas;
Y un himno de amor ferviente
Exhaló su voz melosa
Cantando á la siempre Hermosa
Del ave bella al compás.

Decía en extasis santo:
Mil gracias Madre querida,
Natura de gozo henchida
Te entona bello cantar,
Tu nombre dicen las aves,
Tu nombre la mariposa,
El rojo clavel, la rosa,
Los vientos al murmurar.

Lo pinta el sol en el cielo
Lo muestran en sus celages
Las nubes, y en los olages
Del torrente el grato son,
Por las hojas juguetonas

Se desliza dulcemente,
Te canta todo viviente
Con ardorosa pasión.
Y crecía, y se avivaba
De su joven alma el fuego,
Y en célico arrobó luego
Transportóse el corazón,
Y vió soberanas huestes,
Y oyó cantos de querubés
Y hasta triunfante en las nubes
Vió la Perla de Sion.

Suspiros entrecortados
Gritos de júbilo santo
Exhalaba con encanto
Celeste coro al oír,
Y amante alzaba las manos
Y corriendo con anhelo,
Se levantaba del suelo
Para su madre seguir.

Huyeron... mas en su pecho
Rios de dicha brotaron,
Y sus ojos se inundaron
De perlas y de cristal,
Oraba y en dulce sueño
De puro amor se abismara,
Si presto no le llamara
Voz de sonoro metal.

Festiva campana entonces
Dulce los aires hería,
Virgen mano la tañía
Del convento en la pared,
Era la voz del amante
Que al amante convidaba,
Al mes de Mayo llamaba
Con viva, ardorosa sed.

Ya vengo Madre, ya vengo
Dijo nuestro joven bello,
Vengo, sublime destello
De la gloria del Señor:
Y corría por los prados
Con ligerísima planta,
Iba á cantar á la Santa,
Y era sin freno su ardor.

Ora una lágrima dulce
Saltaba por sus megillas,
Ora lindas florecillas
Se entretenía á coger,
Ora tegía guirnaldas,
Ora rosas deshojaba,
Y amante las preparaba
Para en su Madre verter.

Por fin al dintel sagrado
Ya llega, y voces sonoras,
Dulces, arrebatadoras,
Enardecen su pasión;
Con las luces y las flores,
Con los himnos mas se inflama
Y todo convulso clama:
Madre de mi corazón!

Qué pasó en su joven alma
Cuando entre bellos cantares,
Alabanzas á millares
A su Reina oía dar?
Y que cuando en dulces coros
Tierna Madre, santa esposa,

Reina y Señora amorosa,
La oyó con fuego llamar?
Solo Dios vió de su pecho
Los ardientes entusiasmos,
Yo solo vi sus espasmos,
Solo su rostro lei,
Y en su frente enaltecida
Y en sus ojos centellantes
Cual rubies, cual diamantes,
Delicias del cielo vi.

A la vibradora cuerda
Muchas veces se juntaba,
Cuando el incienso humeaba
Subía al cielo con él.

También derramaba flores
Y al verlas volar decía:
Cuando iremos ¡oh Maria!
A gustar su dulce miel?

¿Cuándo será que yo pueda
Juntarme al coro sagrado,
Que espíritu bienhadado
Te consagra sin cesar?
¡Maria! ¿cuando Maria,
Mis tiernas manos alzando
Al cielo vendré volando
Tus glorias para cantar?

Que le diría su Madre
Con su voz tan amorosa,
Que sus megillas de rosa
Un nuevo fuego inflamó?
Y al salir despues del templo,
Hoy mismo, decía, iremos,
Hoy al cielo volaremos
Si, al cielo hoy iré yo.

Desde entonces otra idea
En su mente no cabía,
Su deseo revivía
En tanta dicha al pensar,
Llamaba con ansias vivas
El venturoso momento....
Era el todo su contento,
Su dulzura, su gozar.

Esto contaba á las flores,
Esto decía á los vientos,
Estos queridos acentos
Se empeñaba en repetir,
Los valles le respondían
Con eco dulce y sonoro,
Y en tan magnífico coro
Su pecho sentía hervir.

Al ver los gratos perfumes
Exhalarse ya hasta el cielo,
Al mirar del ave el vuelo
Y de la fuente el correr,
Todo era una bella imágen
De su vuelo misterioso,
Del momento venturoso
Que el aire debía hender.

Y en su rica fantasía
Tan activa, tan ardiente,
Ya volaba alegremente
Por la celeste region,
Llamando con ansias vivas
Su tierna Madre Maria,
Madre, Madre repetía,

Con dulce amante cancion.

En tan bellos sentimientos
Iba el dia trascurriendo
Siempre su llama creciendo,
Siempre aumentando su ardor,
Y ligero el sol bajaba
A las tierras de Occidente,
Orlada su noble frente
Con desmayado fulgor.

Al ver el sol despedirse
Con faz serena y risueña,
De las aves, de la peña,
De las flores del pensil,
Con amante cantinela
Nuestro jóven viagero,
Del rutilante lucero
Se despide veces mil.

Adios, que cuando mañana
De la mar saldrás gozoso,
Otro sol mas venturoso
Con cantos saludaré,
Otros rayos mas brillantes
Herirán mi frente pura,
En la patria de ventura
Do mañana yo estaré.

Adios prados, adios flores,
Adios auras perfumadas,
Adios dichosas moradas
Do tanto tiempo jugué,
Mil veces sean benditos
Vuestras aves, vuestras fuentes,
Y los cantos inocentes
Que con ellos entoné.

Adios dulcísimos ecos
De la peña que sonora
El nombre de la Señora
Tantas veces repitió,
Adios oscura enramada
Que mis plegarias oíste,
Y tú, que la recogiste
Bello mirlo, adios, adios.

Esto diciendo, del cielo
Misteriosa llamarada
A su alma enamorada
Vieron brillar bajar,
Vieron arder sus megillas
De dulce sagrado fuego....
Y festivos sonos luego
La campana empezó á dar.

¡Maria! con voz hermosa
Entonó el jóven amante,
Y presuroso al instante
Al templo se hechó á correr,
Y mientras andaba, un ángel
Esmaltaba sus vestidos,
De luz del cielo teñidos
Les vieron aparecer.

Entra al templo, escucha, mira,
¿Qué vieron sus ojos bellos?
Qué celestiales destellos
Iluminaron su fáz?
No lo sé. En aquel momento
Redobló su dulce canto,
Y en medio del himno santo
Voló á la region de paz.

Despues ví radiantes coros
Subir al cielo gozosos,
Oí cantos armoniosos,
Dulces cantares oí,
Y de flores coronado,
De bellos rayos vestido,
Vi nuestro jóven querido,
Su dulce voz percibi.

Gloria á Maria clamaba
Con enamorado acento,
Su nombre en todo momento
No cesaré de cantar.
Gloria, gloria, repelia,
A la matutina estrella,
Gloria, gloria, porque es ella
De gracias inmenso mar.

Y mientras esto pasaba
El templo resplandecía,
De celeste luz ardia
Nuevo creciente fulgor,
Y flores de otros jardines
Mas hermosos que natura,
Formaban un aura pura
De aquel cuerpo en derredor.

Himnos de gloria y triunfo
Con eco dulce sonaron,
Mil ángeles los cantaron
Pulsando sacro laud,
Todo era fiesta aquel dia,
Todo gozo respiraba....
Era un cielo que encantaba
De aquel niño el ataud.

U. A. D. M.

Nuestro apreciable é ilustrado cólega de Madrid, *El Semanario de los devotos de Maria*, acaba de repartir á sus suscritores una preciosa litografía representando la imágen de la siempre Inmaculada Concepcion, esacta copia de la que se conserva en el Real Museo, debida al pincel del inmortal Murillo. La perfeccion del dibujo y la limpieza de su estampacion, hacen que esta bella y admirable litografía, pueda reputarse como uno de los trabajos de mas mérito que de esta clase han visto la luz pública.

Damos nuestro mas cordial parabien al Sr. Don Miguel Martinez y Sanz, dignísimo Director de la espresada publicacion por el acierto é inteligencia que le distingue en la misma, como asi mismo al activo edictor el Sr. D. Antonio Perez Dubrull.

(CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.)

ALMERIA:

Por Don Mariano Alvarez y Robles,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

calle de las Tiendas, núm. 19.